

Elfo.

I.Elestel

## Capítulo 1

Cuando abrió los ojos se encontró con unas manos llenas de manchas y chorretones rojos. La sangre estaba helada en contraste con la temperatura de su cuerpo. Recorrió con la mirada su brazo derecho. En su brazalete de cuero tenía una profunda brecha, y dentro descubrió una herida sangrante. El izquierdo, al contrario, presentaba mejor aspecto, pues no estaba dañado. Contempló el suelo. Este estaba abarrotado de cuerpos sin vida, de armas desparramadas que reflejaban sobre él los rayos de un sol de mediodía. "Me ha visto" pensó. Su antiguo maestro, aquel que le había enseñado la gran mayoría de las cosas que sabía le había demostrado que es cuando el sol alcanza su cénit, cuando el que puede manejar correctamente los hechizos puede contemplar todo lo que haya bajo el astro rey.

Intentó controlar su respiración, estaba agitado y muy emocionado. El pulso describía un ritmo poco habitual para él desde que dejó la escuela. Poco a poco fue sintiendo cómo las gotas de sudor que bajan por su frente se hacían más densas. Notó que empezaban a pesar más de lo normal. Estas a su vez describían un recorrido sinuoso por su rostro. Algo lo distrajo. Bajo sus rodillas yacía un peto de guerrero destrozado, y una punta se le estaba clavando en la rodilla. Se intentó levantar, pero no pudo. Se encontró paralizado por alguna clase de magia que desconocía. Entonces un escalofrío le recorrió la espalda como si de un rayo se tratase. El miedo comenzó a apoderarse de él. Si su maestro lo había visto, si realmente había contemplado aquella masacre, no dejaría que su aprendiz se marchara impune.

Había tenido la ligera esperanza que después de aquella aterradora pelea, de aquel sacrificio descomunal, pudiera encontrar lo que andaba buscando, pero todo parecía perdido. Fue entonces cuando un rayo reflejado sobre su propia espada elfica, tirada justo ante él, se proyectó en su faz. Con él, las gotas de sudor que ya le recubrían toda la cara describiendo trazos ilegibles para un humano corriente, empezaron a arder. Se desprendió un precioso humo violeta de su piel, y sentía un ardor en ella que no había sentido nunca antes. Cuando ese dolor cedió, intentó llevarse las manos a la cara, pero nuevamente se sentía paralizado. Esperó lo que para cualquiera de nosotros habría sido una eternidad, pero él no tenía prisa. Después de todo lo había conseguido.

Entonces, cuando ya no quedaba rastro de aquel dolor punzante, bajó la mirada hacia su espada. En la brillante hoja de plata y acero pudo contemplar un rostro moreno, con unos ojos dorados y agudos que contemplaban con usual avidez. Y entonces descubrió que todo había merecido la pena. Cuando el sol brilló más que nunca en toda la mañana pudo ver las marcas de esa quemadura que había cesado apenas unos segundos antes. Lo había conseguido. La magia paralizante no procedía de

su maestro, ni del sol, ni del cansancio. Había sido lo que andaba buscando, aunque no sabía exactamente lo que era. Tenía la cara repleta de trazos violetas que en contraste con su oscura piel se leían muy bien. En ella pudo ver lo. Había obtenido el mapa que lo conduciría hacia su destino.